

LOS QUEHACERES DE UN ZÁNGANO

*Una flor entre las piedras
vive como yo entre la gente,
desadaptada y absurda,
pero lo hace naturalmente*

PRIMERA PARTE

INVENTARIO PERSONAL

Capítulo 1

El placer humano no es el de la carne

A dos cuadras de mi casa vivía Rosa. Rosita. Tenía marido, dos hijos, y las carnes ya un poco descolgadas. Pero todavía estaba buena. Cada vez que nos cruzábamos por la calle, ella me desvestía con una mirada y con otra me invitaba a su cama. Yo también tenía ganas de tirarla; para qué mentir. Sin embargo, nunca nos dijimos nada. Una mañana pasé por su casa y vi abierta la puerta de la cocina. Por el intersticio la vi también a ella en cuatro patas tratando de componer algo en la tubería del lavatorio. Le vi el culo, muy buen culo, y seguí de largo. Antes de doblar la esquina escuché su voz:

—¿Puedes ayudarme? —me preguntó, casi cantando. Era una voz empalagosa, falsa, cojuda.

Me volví hacia ella y la vi parada en la entrada de su casa, mostrándome sus manos sucias con un gesto de torpeza en la cara. La quedé mirando. No había duda; estaba buena. Una mujer hermosa, o que lo ha sido, cuando está sucia lo es aún más.

—Se me ha malogrado el caño —explicó.

"¿Y?", pensé.

—No sé nada de gasfitería —respondí.

—No importa —insistió ella— Haz lo que puedas. Ayúdame, por favor.

“Lo que puedas” para mí, en estos casos, quiere decir: “nada”. Abrí, pues, los brazos y moví la cabeza. Acepté. Entramos a la cocina. Los platos sucios del desayuno estaban arrumados en el lavatorio, y el olor a desayuno junto con los platos. Rosita se agachó para mostrarme el desperfecto de la tubería. Disimuladamente escudriñé a través de la abertura de su blusa tratando de vislumbrar

sus senos. Divagué un instante nadando mentalmente en medio de ellos. Rosita tenía unas tetas enormes, hipertróficas; una fiesta infantil. Pero no vi nada. No pude. Aprecié entonces, una vez más, su culo. Magnífico culo. Los culos de las mujeres no se miran; se aprecian. Cualquiera mira. Me provocó besarla en el arete. ¡Cuántas veces me había provocado hacerlo, al verlo zangolotearse así, caprichoso el arete, detrás de ella!

—Mira —me dijo— Aquí está el hueco.

—Sí, ya lo vi —respondí, pero refiriéndome a su hermoso almacén.

Rosita estaba agarrando el tubo de la cañería como seguramente le agarraba el pájaro a su marido. Lo sobaba. ¡Qué manos! Las uñas perfectas, pintadas a rayitas. Y sus brazos gruesos, deliciosos. Me turbó, sobre todo, la enigmática marca de su vacuna; creo que fue eso lo que más extravió mi mente. Le pregunté por su esposo.

—No está —me contestó— Ha salido.

—¿Y tus hijos?

—Han salido con mi esposo.

—Entonces habrá que llamar a un gasfitero.

—¿No podrías tapar el hueco con algo para evitar que siga goteando?

Mi mente se puso en blanco. Me agaché y revisé la avería; mentira: fingí revisarla, porque de gasfitería, como de muchas otras cuestiones domésticas, no entiendo ni el nombre. El óxido había formado un hueco en el tubo del lavatorio y por ahí se filtraba el agua. Con un buen nudo se solucionaba el problema. El problema era hacer el nudo.

—Préstame una pita —le dije.

Rosita me alcanzó una soguilla. Y comenzó la lucha. Por gusto insistí, me trompeé y le requinté mentalmente la madre. La soguilla indolente lo aceptó todo. Me sentí más inútil que en otras ocasiones. Frente a un extraño -y Rosita no dejaba de serlo-, mi ineptitud me causa siempre más embarazo. Es un horror.

Entonces sentí una mano en el hombro. Las uñas perfectas, pintadas a rayitas. Era una mano blanca, deliciosa. Con un pájaro asido. Mi pájaro. Rosita. Era Rosita calata. Pero con zapatos. Unos zapatos negros, altos, elegantes, de mujer rica. Rosita no era rica. Levanté la vista.

—Procede —susurró ella, sobándome el hombro.

Y procedí. Le recorrí todo el cuerpo. Primero con los ojos. Después con la lengua, con la nariz. ¡Ah, qué inolvidable recorrido! Las axilas sin afeitar, los vellos en las piernas, deliciosos. El olor de sus axilas sudadas y de sus piernas húmedas. Las tetas hipertróficas. Tan excitado estaba que ya no le besaba las tetas, se las mordía, “au” decía ella, pero le gustaba y pedía más, más. Toma Rosita, agarra.

Escupí su orgasmo antes de proseguir. Luego le pedí que se echara para la segunda vuelta. El calor de los cuerpos era suficiente para calentar el suelo. Me desvestí en un segundo. La ropa mojada, sobre todo el pantalón, el calzoncillo. Antes de echarse, Rosita se quitó los zapatos. Y arruinó la magia; se desmondongó toda, su encanto quedó al instante sin efecto. Se echó completamente calata en el suelo frío. De su cuerpo apetecible sólo quedó una masa acezante tirada en el piso. Rosita no era más una mujer. Era sólo sesenta kilos de buena carne, de carne blanca. Y yo tenía hambre. Siempre le tuve hambre. Así es que me serví. Penetré hasta el fondo de su alma. Casi toqué su hígado. Y ella movía el culo, cómo movía el culo, como una licuadora, como un animal. Dos minutos nada

más. El semen saltó blanco, caliente, viscoso. Se chorreó la pasta dental del chisguete.

Las convulsiones se detuvieron; las detuve. La comunicación también es importante. “No todo en la vida puede ser sexo”, pensé. “Para Rosita sí, estoy seguro”.

—Un respiro, Rosita —le dije— Puede llegar tu marido.

Pero después pensé: “Qué mierda”. Hacía tiempo que Rosita le sacaba la vuelta a su marido. Y su marido también le sacaba la vuelta a ella. Pero con otro hombre. “Está bien así. Todos somos felices”. Me incorporé un poco y recorrí nuevamente con los ojos el cuerpo de Rosita. Sin ropa evidenciaba ya un desgaste natural: los años, los polvos ilegales...Rosita no llegaba todavía a los cuarenta. No, no llegaba. Es extraño. Las mujeres a los treinta y tantos aparentan, todas, una cierta madurez. Pero tal vez sea una madurez física solamente. A esa edad las mujeres instintivas como Rosita sólo piensan en tener sexo con amantes jóvenes, chiquillos, pingas vigorosas, incansables. Como la voracidad de sus pulpas. “Estar con ellas es como estar solo. Fuera de la cama no sirven para otra cosa. Mi interés hacia ellas es puramente coital. Nada más”.

El tubo de luz que se filtraba por la ventanita de la cocina dejaba ver claramente una procesión de microbios suspendida en el aire. Ahí estaba el cerebro de Rosita.

—Rosita.

Me contestó con un jadeo: síntoma inequívoco de que aún seguía con hambre. Otra vez los perros fornicando. Me clavó las uñas en la espalda y me lamió absurdamente el cuello. Ella estaba en el clímax mientras yo me arrastraba de risa oyendo sus gemidos. “Una mujer que sólo piensa en el sexo no puede aspirar a ser la mujer de un gran hombre”.

Sentí otra vez su mano sobre mi hombro. Sólo que ahora era real. Levanté la vista y la quedé

mirando. De nuevo me desvestía con una mirada y con otra me invitaba a su cama. Sentí que mis cuerdas vocales se destemplaban, que saltaban de la guitarra. La quedé mirando.

—Hipócrata de mierda —le dije. Y me puse de pie:— Sólo quieres revolcarte un rato conmigo. Sé sincera.

Rosita se quedó de una pieza. Una pieza calata. Sin responder. No sabía qué responder. Qué bien.

—Búscate alguien a quien le guste el galanteo, la mentira. Alguien que te siga la corriente. Conmigo no la pegas; no lo vuelvas a intentar. Si quieres un amante, dilo, pídelo por correo. Eres una mujer adulta. —Imité su voz, casi cantando:— ¿Puedes ayudarme a arreglar el caño? —y continué:— Toma. Cachera.

Y le devolví la soguilla. Nunca pude hacer el nudo.

* * * * *

—Mi viejo paga todo, no te preocupes —dijo Augusto.

Acepté con entusiasmo. Todo lo que sabía de sexo era lo que había visto en las revistas pornográficas que devoraba con insaciable apetito durante el recreo, y en algunas películas del Metro-Pulga, un cine de mala muerte sin nombre conocido, donde podía entrar sin ser mayor de veintiuno con tal de pagar mi boleto como cualquier parroquiano.

*—Vas a subir de categoría, Federico: —me dijo el papá de mis amigos mientras esperábamos en la fila— verás cómo *montoya* es más rico que *manuela* —y echó a reír con todas sus ganas.*

El señor Banegas era un tipo gordo, grande, empleado bancario, de aspecto vulgar; tenía la costumbre de ver televisión desnudo mientras su esposa le servía la comida al llegar del trabajo. En cierta ocasión, gracias a un relajamiento de la intimidad doméstica, fui testigo de ello. La escena me resultó

incómoda, pero al mismo tiempo quedé fascinado. Mis adolescentes hormonas empezaban a manifestar sus exigencias. “¿Sexo con mi prima?”, me preguntaba después de escuchar tantas historias en el colegio. No hallaba cómo. Moría de miedo tan sólo de pensar que pudiera insinuarme un día con ella, correría a acusarme con mis tíos y quedaría como un depravado, un mañoso o un imbécil ante toda la familia. Me conformaba con masturbarme imaginando desnuda a la mamá de mis amigos, atendiéndome amorosamente, poniendo la bandeja de comida sobre mis piernas, dejando caer sus tetas grandes y redondas, con los pezones negros como chupones, sobre mi cara.

El estacionamiento de *El Trocadero* no era más que un inmenso lote de tierra, lúgubre como una cueva. Los viejos colectivos que cubrían la ruta desde el Parque Universitario hasta la Avenida Colonial llegaban y partían cada cinco minutos atestados de clientes. Antes de entrar comimos un par de huevos duros con papa sancochada. Según me ilustraron, proteínas y vitaminas eran elementos cruciales para estos trajines. Otros preferían consumir el mismo menú a la salida, para recuperar energías. “Cuestión de estilo y estrategia”, dijeron. Después de comprar los boletos, el señor Banegas deslizó furtivamente una propina al portero.

Una vez adentro, el olor a perfume invadió mi cerebro. Era un extraño aroma penetrante que recorría todo el edificio. Excepto por aquellas de colores, que tenuemente salían de las habitaciones dispuestas a lo largo de los pasadizos, casi no había luces. Las mujeres semidesnudas se apoyaban contra sus puertas en poses sugerentes. En un minuto estaba excitadísimo. El papá de Augusto y Brayan dijo: —Muy bien, muchachos. Aquí nos separamos. Miren bien y escojan la hembra que más les guste. Aquí tienen el dinero, esto les alcanzará. Después, si se quieren meter otro polvo, me avisan y ya vemos. Nos reunimos en este sitio dentro de cuarenta minutos, ¿ok?

—Buena voz, papá —dijo Augusto.

Sentí que esas instrucciones eran como las que seguramente impartían los oficiales de campo a sus soldados antes de entrar en acción ante la inminente batalla. Ahora tenía que arreglármelas por mi propia cuenta. Di algunas vueltas en círculo. El edificio tenía dos pisos, con varios pasadizos, que al parecer, por lo que fui descubriendo, conferían diferente categoría a las putas. Muchas puertas se encontraban cerradas. Algunas mujeres dejaban la puerta abierta y se echaban en la cama mostrando sus atributos a los clientes, invitándolos a pasar. Otras decían cosas sucias, arrechantes, mientras uno pasaba delante de ellas o les preguntaba cuál era su tarifa y el tipo de servicio que ofrecía.

—Completo, papito —respondían algunas.

Yo tenía vergüenza de preguntar qué significaba “completo” en ese lenguaje. No se lo iba a preguntar a la puta, por supuesto, no tenía intenciones de quedar como un idiota ante ninguna de ellas. En una de éstas, no aguanté más y corrí a buscar a Brayan para preguntarle.

—Te la chupan y todo, pues huevón —me contestó— Si eres pendejo, y te la ganas, tú también se la puedes chupar a ella. Le haces la sopa. Y después se la metes por atrás. Vas a ver que es bien rico, yo sé lo que te digo. ¿Ya sabes adónde vas a entrar?

—No, todavía —respondí.

Continué recorriendo los pasillos. Encontré que ante algunas puertas cerradas había varios hombres haciendo cola, se les veía cansados, con cara de aguantados. Decían que la puta de ese cuarto era fantástica, una loba culeando, cobraba un poco más caro pero te exprimía todo. “Vale la pena esperar”, decían.

Pude ver que había mujeres de todas las edades y etnias. Multitud de cuerpos, variedad de formas.

Perfumes exóticos, ropas interiores provocadoras. Los cuartos presentaban decoraciones peculiares. Algunos tenían afiches de películas o cantantes de moda. Otros más bien lucían crucifijos, virgencitas. El recorrido ofrecía una miscelánea de ritmos musicales: rock, criollo, salsa, guaracha.

A medida que avanzaba el tiempo, empecé a sentir cierta angustia. Aunque experimentaba un deleite sensual al descubrir ese nuevo mundo, respirando aquellos perfumes, más tóxicos que aromáticos, viendo tantas mujeres calatas al alcance de mis manos, me presionaba la idea de saber que pronto debía enfrentar el momento de la verdad y entrar en uno de los cuartos. No veía en ningún pasadizo a mis amigos ni a su papá. Seguramente habían entrado ya a comerse alguna puta, luego saldrían y nos tendríamos que ir. En uno de mis patrullajes de reconocimiento, me gustó una mujer de piel blanca y cabello castaño, bajita de estatura, que tenía un delicioso cuerpo al trasluz de su habitación y llevaba una ropa interior roja con zapatos altos del mismo color. Recordé que había sido muy cariñosa cuando le pregunté cuánto cobraba. Regresé a buscarla.

—Pasa, buenmozo —me dijo.

Al cruzar la puerta, me pidió que entrara al baño. Se sentó sobre la tapa del water con una batea llena de agua entre las manos. Me dijo que me bajara el pantalón. La luz del baño, a diferencia de la habitación, no era tenue ni de color; era una luz blanca, fría. Pude ver que la puta era más bien una mujer casi vieja, bien pintada para ocultar sus primeras arrugas, con gesto descortés en el rostro.

—No te vacees antes de tiempo, hijito —me dijo, mientras lavaba mi pene, desinfectándolo con un chorro de alcohol que me causaba un ardor horrible.

Su voz tenía un tono autoritario. Empecé a sentir algo de temor. Me sobrecogí ante su actitud de mando. Se quitó la ropa sin gracia ni elegancia mientras yo me enredaba con los pantalones, tratando

de desvestirme, sentado encima de la cama. La puta advirtió mi nerviosismo. Vi que tenía cara de aburrida. Me masturbó enérgicamente para lograr mi erección. Lo consiguió sin dificultad. Agarraba mi pene como si fuera cualquier cosa. Yo trataba de besarla, ella esquivaba ese contacto. Esperaba un trato más cariñoso de su parte.

—Apúrate —me dijo— Métela de una vez.

Yo no tenía idea de cómo se hacía eso. Mis ojos, sin duda, eran muy elocuentes. Sentí que ella me miró como diciendo:

—Me estás haciendo perder el tiempo.

Tomó mi pene y lo introdujo en su vagina. Se movió aceleradamente por un instante, sin darme tiempo a que yo intentara poner algo de mi parte. Eyaculé sin remedio.

—La diste rápido, hijito —me dijo— Así es mejor, porque tengo que seguir trabajando y atender a otros clientes.

Saltó de la cama y trajo papel higiénico del baño. Me lavó el pene otra vez en la batea y me dijo:

—Vístete.

Yo estaba mudo, no podía pronunciar palabra. Sentía que esa mujer me estaba dando órdenes como si fuera mi mamá. Tenía ganas de llorar. La rabia, el miedo, la vergüenza me mordían por dentro. La puta, al ver que estaba ya casi vestido, me llevó apurada hasta la puerta.

—Chau, papito —me dijo, y me hizo una caricia traviesa en la mejilla— Regresa pronto.

Hubiera querido repetir la experiencia con otra puta, para disfrutarla esta vez. Cuando llegué al punto de encuentro convenido los tres me esperaban listos, exhibiendo gloriosas sonrisas de felicidad.

Augusto y Brayan se mostraban frescos y bien peinaditos.

—¿Y, cómo te fue? —me preguntó el papá de mis amigos.

—Riquísimo —contesté, añorando el calor de mi hogar— No pudo haber estado mejor.

* * * * *

La paja en el ojo ajeno:

¡Jóvenes del mundo!

¡Mastúrbense!

¡La masturbación es el éxtasis, la vida misma!

¡Por ella el ser humano se realiza!

La masturbación es mejor que oír hablar a nuestros padres,

mejor que ir a misa,

mejor que hacer el servicio militar,

mejor que vivir con nuestras familias,

mejor que estudiar y trabajar.

La masturbación es mejor que la literatura.

La masturbación es un homenaje a la imaginación.

La masturbación es la más patética manifestación de la soledad.

* * * * *

Papá y mamá:

¿Qué es el hombre?

Un pedazo de carne.

¿Qué es la mujer?

Otro pedazo de carne.

¿Qué es el amor?

Carne montada.

¿Nada más?

Nada más.

* * * * *

Análisis entomológico de los pies de mi mujer:

Mi mayor placer es sobrevivir a la resaca del ron.

Aunque amo también tus entrededos negros

y tus sobacos jugosos.

¿No lo sabías?

Te descompones cuando te arreglas.

Sí. Acepto la posibilidad.

Soy un enfermo mental.

Hasta mañana, mi amor.

* * * * *

La erótica historia de Mamerto González:

Está bien, les contaré. ¿Cuál es mi nombre? Mamerto González. En realidad mi verdadero nombre es otro, pero desde chico mi madre y el resto de mi familia decidieron llamarme Mamerto González porque ese nombre hacía —y hace hasta ahora— más juego con mi cara. ¿Creen que esto es una broma

para mí? No, no lo es. Que conste, entonces, que el relato de esta breve historia es una necesidad más que un deseo.

Se trata de mi romance con Priscila, una linda chica de ojos verdes, inmensos como el prado. La conocí en una noche de juerga en la playa. Nos presentó un amigo común, quien había concertado una cita a ciegas entre un grupo de sus amigas, entre las que se encontraba Priscila, y un grupo de sus amigos, entre los que me encontraba yo. De acuerdo a lo planeado, Priscila debía ser esa noche la pareja del gordo Marcos. Nos convenía ponerle siempre de pareja las chicas más bonitas al gordo Marcos, así podíamos asegurarnos de que él pagaría todas las cuentas en los restaurantes, licorerías y discotecas; no por gusto su papá era dueño de una cadena de pollos a la brasa que tenía locales en todo Lima. Sin embargo, una vez instalados en la playa, y luego de que, gracias a las propiedades del vino, la natural rigidez que siguió a las primeras presentaciones hubo desaparecido, Priscila se fue apartando poco a poco del gordo Marcos y se fue acercando cada vez más a mí. Sin darnos cuenta, nuestra conversación de pronto se hizo exclusiva. Aunque no era mi intención ni estaba dentro de mis planes que el gordo Marcos perdiera el privilegio de pagar las cuentas tampoco esa noche, me dejé atrapar por el encanto de Priscila. Sentí que en ese corto espacio de tiempo se había tendido entre nosotros un estrecho puente de atracción mutua.

La noche era tibia y la cercanía de Priscila, el raro olor de su perfume y su voz frágil empezaron a excitarme, así que le propuse caminar a solas por la orilla del mar. Me aseguré de llevar una botella de vino con nosotros. Después de caminar un poco y reírnos un rato hablando de cosas sin importancia, esas que sólo se dicen durante las noches de juerga en la playa los que recién se conocen, nos sentamos sobre la arena. Al pie del lugar donde mueren las olas, nuestro diálogo frívolo

se tornó más íntimo. Por encima de ello, la atracción física era mutua y la sensualidad no tardó en apoderarse de nosotros. Bajo la luna: caricias, besos y abrazos. Sobre la arena: la cópula. Fue hermoso, aunque no dejó de ser incómodo. La arena húmeda estaba terrible.

A partir de ese momento quedé prendado de Priscila. Comenzamos a salir solos, ya no nos interesaban las salidas en grupo. Nos gustaba ir a la playa, caminar por la orilla del mar, tomar un trago oyendo el restallar de las olas contra las rocas. Momentos inolvidables pasamos frente al mar, aun cuando debo confesar que nunca fuimos a la playa de día. Lo hubiéramos disfrutado también, sin duda.

Todo marchaba sobre ruedas entre nosotros hasta que un buen día decidí dejar de llamarla, de buscarla, de invitarla a bailar, de proponerle una fuga a ver el mar. El encanto inicial y la pasión, que en un primer momento sentí por Priscila, empezaron a desvanecerse. Las relaciones amorosas formales y tradicionales siempre me han resultado monótonas y aburridas. Lo que más me sorprendió fue que ella entendió mi actitud y no me reprochó absolutamente nada. Que una mujer entienda estos cambios tan repentinos en la conducta de un hombre no es cosa que sea vea todos los días. Me pareció comprender que Priscila no era como las demás chicas; tenía algo dentro de la cabeza y eso contaba mucho para mí. Así las cosas, nuestros encuentros empezaron a ser más esporádicos, y las inacabables conversaciones telefónicas también. Esto no impidió que nuestra relación continuara siendo estrech;, por el contrario, a la distancia como que se hizo más honda. Empezamos a experimentar sentimientos más fuertes que se volcaban apasionados cada vez que nos reuníamos. Recuerdo, sin embargo, una noche que marcó el principio del fin para nosotros. Nos encontrábamos

tomando una cerveza en el Juanito de Barranco cuando Priscila me reveló que, durante ese tiempo en que nos alejamos por un período más o menos largo, se había acercado a ella un oficial del ejército que la cortejaba y mostraba “serias intenciones de llevarla al altar”. Ésas fueron sus palabras. Me dijo además que no lo quería, que ni siquiera le gustaba mucho, que me quería a mí y que daría todo por seguir conmigo, que estaba dispuesta a ir adonde yo fuera. Sorprendido, no le encontré el sentido a su discurso. Priscila continuó diciéndome que, pese a ello, había decidido casarse con el tal militar. Casi escupo la cerveza que tenía en la boca. Lo primero que pensé fue que seres extraños se deslizaban furtivamente por su azotea. Ella, para contradecirme, insistió en que era cierto lo que me decía. Seguramente se encontraba tan confundida que me propuso agarrar en ese preciso instante nuestras cosas y largarnos lejos, fuera de Lima, a cualquier parte, a vivir juntos, de cualquier manera, sin importarnos las dificultades, nuestras familias, nada. Luego, más adelante y más tranquilos, nos casaríamos. Me hizo dudar, reflexioné por un momento, revisé mis planes y después, como un cojudo más que habita este planeta, le dije que no podía hacer algo así. No estaba dispuesto en esas circunstancias a atar mi vida a ella ni a nadie, adoraba mi libertad a tal extremo que no pensaba sacrificarla, aun por el inmenso cariño que sentía hacia ella. Se me ocurrió que tal vez Priscila había tomado esa descabellada decisión porque no encontraba en mí al tipo serio y formal que seguramente en el fondo esperaba para fundar un hogar bonito y estable. Probablemente había caído en la cuenta de que yo nunca, o por lo menos en ese momento, le iba a proporcionar semejante estilo de vida. Como estaba empeñada, sabe Dios por qué razón, en casarse ya mismo, no tuve más remedio que aceptar su determinación. Fue un golpe durísimo. Pero no sería el único, pues más adelante, cuando me invitó a la despedida de novios y luego a la boda misma, impulsado por un

oculto sentimiento masoquista, asistí. En ambas ocasiones la vi radiante, rebotante de alegría. Durante la despedida de novios le regalé secretamente una tarjetita que decía: “Todo espiritual... ¡fuera del tálamo!”. Su sonrisa cómplice, en medio de los invitados y su familia, fue mi última recompensa. Nunca supe si ella en verdad estaba tan contenta como aparentaba. Sin importar aquello, igual me hería. Para mi asombro, esas dos noches logré superar el trance. Me había convertido momentáneamente en un faquir espiritual de primer orden, además me emborraché como romano en día de circo para mitigar el dolor. Después de la boda llegué a mi casa y, tumbado sobre la cama, lloré, patalé y escribí versos de amor. Pero fue inútil. Priscila ya estaba casada, y bien casada estaba. Nada podía hacer yo.

Así fue como dejé escapar de mi vida a Priscila, quizás el único amor verdadero que pude encontrar. Ahora busco denodadamente la compañía de una mujer que me entienda. No importa que esa mujer sea vieja, o fea, o viuda, o puta.

* * * * *

Toccata y fuga (pre y post historia de una cachada brava):

A Metrónomo siempre le había gustado. Pluscuánperfectamente, incluso, en alguna época de su vida, él había llegado a amarla. Pero ahora se trataba de todo lo contrario. Los rechazos continuos, aunque siempre sutiles, y no siempre sinceros, de Leydú, habían terminado por cansarlo. Y eso que él lo tenía todo, convencionalmente hablando, para conquistarla. A propósito de esos rechazos, un día Metrónomo escribió en su diario: “He decidido no tener relaciones, a menos que sean sexuales y además promiscuas, con las mujeres”. Entonces resolvió emular a Ramsés II y a Huayna Cápac, dos de los héroes máximos de la fornicación mundial: 82 hijos el primero, más de 100 el segundo.

Metrónomo, en cuestión de tretas, era silencioso, pero mortal; como los mejores pedos. Iniciaría su periplo por los cuerpos femeninos, lógicamente con Leydú, quien esa mañana, vaya Dios a saber por qué motivo, había finalmente aceptado su invitación; quizás para que nunca más se volviera a repetir.

o o o o o

El alcohol es un buen sustituto de los libros. Esto por fin lo entendió Metrónomo cuando terminó de preparar su primera conferencia, que ofrecería precisamente esa misma noche. Se sirvió una copa de vino y la saboreó malévolamente dirigiendo sus pensamientos hacia Leydú: ella lo había rechazado hasta ahora porque se jactaba siempre de ser muy recta, muy moral, casi mística; pero él sabía que en el fondo también le gustaba lo otro. Llegada la hora, se peinó concienzudamente. Para él eso era muy importante; se fracturó la cabeza con una raya enérgica ubicada entre lo que sería una raya al medio y otra al costado; una miradita al espejo, y afuera.

Metrónomo y Leydú pasearon esa tarde. Recorrieron parques y hospitales, visitaron enfermos desconocidos y rezaron por ellos. Leydú era muy recta, muy moral, casi mística. Ante la insistencia de Metrónomo, ella aceptó tomar un trago. Bebieron vino y después cerveza. Se sintieron más próximos, más cercanos. Hablaron sobre las obras de caridad que Leydú practicaba y sobre la inmensa pena que a ella le causaban los mendigos en la calle. Pero a pesar de su ascetismo, el vino empezó a perturbarla. Metrónomo lo notó y aprovechó la oportunidad para tirarse de golpe a la piscina: le propuso ir a un hostel. Inmediatamente después esperó los puñetazos en la cara, pero éstos nunca llegaron. Ella, luego de un remilgo algo forzado, finalmente accedió. Las sospechas de Metrónomo fueron confirmadas.

o o o o o

Suben a la habitación del hostel. Metrónomo apaga las luces, es casi de noche, se sientan ambos al borde de la cama y allí, sin decirse nada, se tocan, se excitan....

—Me gusta tu barba —dice ella.

—¿En serio?

—En serio.

—Pues a mí no —replica él.

—¿No?

—No. Como ves, no es en realidad una barba. Son más bien unos cuantos pelos adheridos a mi mentón.

En efecto, la barba de Metrónomo, más que real parecía pintada con crayola.

—Además —prosigue él—, tampoco me queda bien; de eso estoy plenamente seguro.

—Entonces, ¿por qué no te la afeitas?

—Porque es un símbolo de desprecio, una forma de burlarme del supuesto buen gusto de los demás.

Ella sonrío piadosamente.

—Quítate la ropa —le susurra él al oído y se recuesta, vestido aún, en la cabecera de la cama, mientras la contempla desnudarse, lentamente, frente al espejo.

Leydú no poseía una belleza estruendosa, pero sí una parte posterior fascinante; su perfil tampoco era tan agradable como su frontis; su cabeza en realidad era un corcho, pero si bien no podía negar aquellos coágulos que sobresalían de su cerebro, allí estaba ella; pasaba con once. Ya al natural, ella se da la vuelta y se acerca a la cama, descorre la colcha estampada con “Los Girasoles” de Van Gogh y cubre a Metrónomo con su cuerpo desnudo, luego lo besa, lo muerde... “Obviamente se me

paró el miembro”, escribiría después él en su diario. Al primer contacto surgen los piropos mutuos:

—¡Qué maravillosa protuberancia! —dice ella, palpándole el órgano.

Y él contesta, grueso pero conciso:

—¡Siempre supe que tenías un buen par de omóplatos!

Se suceden una y otra vez los inquietantes mordisqueos de Leydú sobre el cuello de Metrónomo.

—Espera —le dice él, apartándola suavemente de sí; se levanta y corre a encender la luz.

La luz encendida recién desnuda de verdad a Leydú; se cubre los senos con ambas manos. Metrónomo va hasta la mesita de noche, abre el cajón y saca el famoso libro que, al llegar, y sin que ella se diese cuenta, escondió allí.

—Esto es lo que vamos a hacer —dice— Vamos a leer la Biblia.

Ella se desconcierta, él insiste:

—¿No es acaso esto lo único que te interesa hacer en la vida? ¡Ah, y por cierto! ¿Cómo es posible que tú, una mujer tan pura, tan noble, estés así, completamente desnuda y mojada frente a un hombre que ni siquiera se ha quitado los zapatos? ¡Serías más atractiva si fueras más inteligente!

A Leydú le entró el julepe. Brincó de la cama y, haciendo equilibrio sobre sus zapatos recién puestos (Metrónomo observó con desencanto que un zapato feo -los de Leydú lo eran- destroza, aniquila, la sensualidad de una mujer), se aventó contra Metrónomo, le apretó los testículos y le mordió los ojos; Metrónomo ofreció cierta resistencia, forcejeó un rato, pero al final perdió; Leydú lo llevó de nuevo hasta la cama, lo desvistió, le arrancó brutalmente cada una de sus ropas y lo envolvió, esta vez sí definitivamente, con su cuerpo desnudo.

El primero fue un ayuntamiento salvaje, ensordecedor. Sólo hubo un pequeñísimo momento de pausa,

cuando ella se quedó inerte sobre la cama esperando la agresión inmisericorde de Metrónomo, por lo que éste tuvo que protestar, diciendo:

—¡Ah, no! ¡Aquí también tiene que haber actividad femenina!

Entonces Leydú se mostró más humana; dejó de ser una simple tabla penetrable para convertirse en un organismo vivo, participante activo de la experiencia. Para el segundo asalto, Metrónomo encendió el radio: hicieron el amor esta vez al ritmo de una sinfonía clásica; Metrónomo le insertó el miembro en el cuarto movimiento. Y después de esa movida fenomenal, le asestó a Leydú un duro golpe; le preguntó:

—¿Dónde quedó ahora tu espiritualidad, mi amor?

Leydú, helada. Entonces Metrónomo encontró la inspiración y la oportunidad; extrajo su diario del bolsillo y escribió: “Quiero sentir algo más serio por las mujeres. No he conocido todavía ninguna que pudiera mejorar mi concepto respecto a ellas. Nada hacen de extraordinario para que esto suceda: corren dando saltitos, gritan enloquecidas, patalean, miran de soslayo, suspiran enamoradas, hablan bajito, miran al cielo, estudian secretariado, suben a los autos, abren las piernas, lloran, tienen hijos, después amantes (que pueden ser sus hijos), escriben a máquina, salen casi desnudas a barrer la entrada de sus casas, y mueren. Sencillamente. Mueren sin grandeza, como los seres humanos”. Antes de guardar el diario recordó algo que anotó enseguida para no olvidarlo. Agregó: “Yo necesito una mujer que haya sufrido, pero que no haya sufrido en vano”. Leydú trató de detener a Metrónomo cuando vio que éste se ponía la ropa y alistaba sus cosas para largarse de allí sobre la marcha. No pudo lograr mucho, sin embargo, pues él volvió a paralizarla: lo contempló escribir, y luego pegar en la ventana de la habitación, un cartel que decía en grandes letras de imprenta: “SE

DICTAN CLASES DE MORAL. LLAMAR AL TELÉFONO 2004-1992. PREGUNTAR POR EL SR. METRÓNOMO CABIEDES". Segundos después lo vio partir con su cuerpo y su andar de hombre bueno, pero sometido.

o o o o o

Metrónomo tenía que ofrecer una conferencia esa noche. Su primera conferencia. Estaba ya sobre la hora. Llegó apuradísimo al auditorio. Su ropa no era la apropiada; esto era muy importante para él, así que se tomó un tiempo para cambiar de aspecto. Pidió un terno prestado, muy elegante y serio, pero con el apuro y el nerviosismo...Metrónomo sale al escenario con la bragueta abierta y el miembro expuesto. El auditorio se escandaliza. Se oyen risas y llantos.

—¡Oh! —dice Metrónomo, al comprobar su descuido— Disculpen. Olvidé ponerme la corbata. Abandona corriendo el proscenio y al rato regresa con la corbata impecablemente arreglada, pero igualmente con la bragueta abierta y el miembro expuesto. El auditorio estalla en más risas y en más llantos. Metrónomo baja la cabeza y experimenta en ese momento una intensa y extensa sensación de dolor. No sabe cómo reaccionar. No se le ocurre nada, una salida ingeniosa, divertida, o lo que sea. Él nunca supo sortear con habilidad situaciones como ésta. Y es que Metrónomo era abogado; un buen abogado, pero nada más. No era mucho, realmente. Por fin intenta algo: sin mover la cabeza, torvamente cambia la dirección de su mirada y encuentra que...

o o o o o

Leydú seguía en la habitación del hostel aquel y estaba nuevamente acompañada.

—Amor —le dice ella a su amante, en la penumbra íntima—, sé amable conmigo. Ya sabes a lo que me refiero.

Entonces Amor Gutiérrez se arrodilla sobre la cama, soba suavemente los muslos de Leydú y le rasca con fruición las plantas de los pies.

* * * * *

Porque todo el mundo ama a un hombre recto:

*En la calle,
hay que mirar sólo
a las mujeres que lo necesitan.
Por ejemplo:
A las de cuerpo geométrico,
a las de rostro pétreo,
a las inmóviles,
a las extemporáneas,
a las hediondas.
A las otras,
a las otras hay que despreciarlas.*

* * * * *

Homenaje a la mujer:

*Hay alguien aquí,
que no te ama.
Pero te desea.
¡Yo!*

* * * * *

Gimnasia rítmica:

*El amor produce los mismos efectos que el alcohol;
vuelve estúpidos a los que no tienen cabeza.*